



Documento de Reflexión no Derivado de Investigación

¿Por qué somos así?: Una posible lectura de la violencia en Colombia¹

Wilfrido Zúñiga Rodríguez²

“Elevé la pretensión de ser indispensable para el universo. ¿Hay algo más
soberbio? ¿Hay algo más tonto?”

J. P. Sartre.

● Resumen

El presente artículo pretende reflexionar acerca de dos asuntos relevantes como son: las consecuencias infaustas de la teoría antropocéntrica en la historia de la cultura occidental que se consolidó como herencia en Colombia; y la teoría de la ausencia paterna en territorio colombiano donde el Estado en ciertos escenarios no ha representado la figura de “padre” como posibles causas para responder la pregunta: ¿por qué somos así? Este interrogante implica preguntarnos por las causas que posiblemente dieron origen al tipo de violencia que se instauró en Colombia por parte de los supuestos conquistadores en el año de 1492.

Palabras clave: antropocentrismo, arquetipo, Colombia, herencia, violencia.

¹ Este interrogante es tomado de un libro que lleva su nombre, escrito por el genetista colombiano: Emilio Yunis Turbay, publicado por la editorial Temis S.A de la ciudad de Bogotá en el año de 2009, además este interrogante sirvió como inspiración para escribir el presente artículo.

² Mg. en Humanidades. Docente de la Facultad de Teología y Humanidades y Psicología de la Universidad Católica de Oriente – Rionegro – Antioquia. Especialista en Docencia Investigativa Universitaria. Filósofo. Correo electrónico: xtocamino@yahoo.es , wzuniga@uco.edu.co



A critical-hermeneutical view of social Why are we like this? A possible way to read violence in Colombia

● Abstract

This article aims to reflect on two relevant issues: the nefarious consequences of the anthropocentric theory in the history of Western culture, which consolidated itself as a heritage in Colombia, and the parental absence theory in the Colombian territory, in which the Colombian state has not acted as a “father” in certain scenarios, as possible causes to answer the question “why are we like this?” This question requires us to ask ourselves about the possible causes of the type of violence established in Colombia by the hand of the so called conquerors, in 1492.

Key words: anthropocentrism, archetype, Colombia, heritage and violence.

Por que somos assim?: uma possível leitura da violência na colômbia

● Resumo

O presente artigo pretende reflexionar a respeito de dois assuntos relevantes como são: as consequências infaustas da teoria antropocêntrica na história da cultura ocidental que se consolidou como herança na Colômbia; e a teoria da ausência paterna em território colombiano onde o Estado em certos palcos não representou a figura de “pai”

como possíveis causas para responder a pergunta: por que somos assim? Este interrogante implica perguntar-nos pelas causas que possivelmente deram origem ao tipo de violência que se instaurou na Colômbia por parte dos supostos conquistadores no ano de 1492.

Palavras importantes: antropocentrismo, arquétipo, Colômbia, herança e violência.

● Degradación de la teoría antropocéntrica en perspectiva de Drewermann

La violencia es un fenómeno cultural. Ha tenido diversas manifestaciones a lo largo de la historia de la humanidad. El centro de su desarrollo ha sido posiblemente el contexto religioso. Donde los hombres han combatido siempre con la condición de: “sólo polvo”. Nos avergonzamos de nuestra propia pequeñez; y hemos aprendido casi que de memoria que el ritmo de la historia se restaura por el sacrificio de vidas humanas a los dioses. Nos repugna esta creencia. Pensar que los dioses con estas acciones se hacen más odiosos. ¿Cómo es posible que los dioses hicieran más caso de nuestras ofrendas que de nuestras almas? Acaso la vida humana se justifica por el cúmulo de sacrificios y no es ante todo el simple hecho y agradecimiento de existir lo que nos justifica.

El escritor ruso Dostoievski pretendió ayudarnos a comprender desde las instancias psicológicas y existenciales que a todos los seres humanos se les desconfigura la vida por causa del miedo. Por consiguiente: “... el miedo transforma a los hombres en monstruos” (Drewermann, 1996, pág. 96). En otras palabras, hacemos las guerras por dos razones, la primera que anunciábamos al inicio de estas páginas: la vergüenza de nuestra propia pequeñez, por querer ser dios, con base en la obsesión de poder. El poder es sinónimo de

guerra y de muerte. Hemos caído en un círculo diabólico:

El círculo diabólico es que hay que ser como Dios, para perder el miedo que se siente por ser un hombre. Y eso resulta tanto más pavoroso, sólo con saber que cuanto más divino se pretender ser, tanto más vergonzosamente se es un hombre (Drewermann, 1996, pág. 37).

Por tal motivo, la segunda razón de las guerras de los hombres se ha visto reflejada en el componente psicológico determinado por el miedo. Los hombres con miedo están más cerca de la animalidad. Se hacen mentirosos. Se esconden. Se disfrazan. Engañan. Asesinan.

La obra *Crimen y Castigo* de Fiodor Dostoievski contiene una significativa y profunda idea en una seguidilla extraordinaria de que todos los seres humanos encarnamos a Raskolnikov; personaje literario que prueba y muestra que hay que ser seres de proezas y lo que creíamos que no éramos capaces de hacer a la postre somos capaces de cometer. El acto de matar está en todos los seres humanos. La pedagogía del padre de la psicología sin ser psicólogo de profesión al final de sus argumentos es: "somos extraordinarios sólo cuando vivimos plena y profundamente en lo ordinario". Vivir una vida sencilla.

En otro sentido, Raskolnikov, además, de desafiarse a sí mismo quiso enseñarnos con sus asesinatos que siempre surge la pregunta: ¿cómo generar las condiciones psicológicas bajo las que se evite que una persona se convierta en un asesino?, simplemente cuando hayamos encontrado la medida de nuestra propia vida. Las proezas no son importantes sino las palabras y la coherencia que éstas tienen con lo que hay en la vida interior de quien las pronuncia, en esto se sintetiza la palabra del diccionario griego: *Syneidesis*³, que hemos

traducido como: "Conciencia". La heroicidad es asunto del valor del lógos, para citar a la griega clásica.

Posiblemente, la violencia que ejercemos frente a los demás tenga como asidero la arrogancia de creernos que somos superiores a la naturaleza, y a la postre: "La actividad violenta que nosotros ejercemos con la naturaleza exterior, con los animales y las plantas, es una consecuencia de la represión y maltrato de nuestra naturaleza psíquica íntima" reflejándose incorrecto comportamiento con la naturaleza. La naturaleza siempre ha estado y estará en completo orden. El hombre debe únicamente someterse a la armonía de la naturaleza que siempre se muestra en sentido cíclico.

Los argumentos de la novela *Crimen y Castigo* anteriormente citados nos conducen a reflexionar que las causas de la violencia en Colombia no han sido pensadas y no han sido del interés de los colombianos y tienen un sustento: "la ausencia del soporte filosófico en la cultura". Un estado que no tiene en sus supuestos cimientos la reflexión de la filosofía, está condenado a asesinar la diversidad manifestada en cualquier índole. Engendrará hijos huérfanos y además de huérfanos tratarán de responder la pregunta: ¿cómo justificar la existencia de manera absoluta, a pesar de las manifestaciones deficientes de la propia vida?, desde la violencia, será la respuesta como imperativo de supervivencia.

este sentido de la materia que viene a ser: el alma. El significado pleno, entonces, es "lo que está conjuntamente con lo que da forma definitiva a la materia" es decir al cuerpo. Conciencia se constituye para los griegos clásicos como la "coherencia con lo que se dice y se hace. Armonía entre teoría y praxis" esta noción de *Syneidesis* después pasó al gobernante, sin obviar que para los griegos clásicos "gobernar es un arte" que conllevaba a establecerse en medio del pueblo como: "pastor de gentes". Donde se identificaba al buen gobernante no con tener cetro, ni ser elegido por una mayoría, ni ser violento, ni engañar, sino con el saber gobernar porque entiende del arte de gobernar. Este pasaje se encuentra en la *Ilíada* (Homero) canto II, página 243. Madrid: Gredos. Traído a colación por el Dr. G. Soto, en su texto: *Physis*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 2010, p.104.

3 Este término de la lengua griega clásica, era una palabra compuesta, conformada con la preposición: *syn*, que significaba: "conjuntamente con..." y *eidosis*: término que Aristóteles en la tratado *Acerca del alma*, utiliza como "forma definitiva" en



En otras palabras, cuando en el hombre se exalta únicamente la estructura constitutiva de la razón sólo queda considerarse el centro de la naturaleza y determinará que el lugar que habita es irracional y el único ser racional será él mismo, habitando en una idea paradójica. En suma: "El giro contra la naturaleza externa es a la vez un giro contra la naturaleza interior" (Drewermann, 1996, pág. 11) uno de los posibles daños que el mismo hombre se ha causado.

El comportamiento de los aborígenes frente a la naturaleza en tierras Latinoamericanas y colombianas posiblemente era distinto antes de la llegada de los españoles que por su impertinencia de conquista produjo consecuencias sanguinarias.

La gélida noche serena de un descenso de día para un indio en América nunca más tuvo presencia. Ha sido simplemente pesadumbre. Después del 12 de octubre [de 1492] todo se convirtió en tristeza para sus congéneres. La noche del recogimiento de cuerpo y alma, el anuncio del fin de la jornada laboriosa y del encuentro del indio con el espíritu resplandeciente de la madre naturaleza se ausentó para siempre. Esa noche, el indio americano se sentía gracias a la luna como parte integral del cosmos y recordaba incesantemente para sí que "la Madre Tierra es señora no sólo de cuanto de ella brota sino también de lo que retorna a su seno" (Drewermann, 1996, pág. 36).

El indio meditaba en el río iluminado por la luz de luna. Se le revelaba mediante la consciencia que hacía parte de un todo que únicamente exige aceptar las fuerzas invisibles de la naturaleza y para conocer cuándo, a dónde y a qué hora se debería cazar los animales que por desobediencia de los dioses no se pudieron convertir en hombres como dice una leyenda de los indios Makunas que habitan al sur del departamento del Vaupés. Mas, los Makunas no cazaban sin antes de haber oído y escuchado los resultados del payé quien en un ritual se comunicaba con los dioses pidiéndoles orientación y compartiéndoles de igual manera

sentimientos de lamentación por el acto que se iba a realizar al día siguiente.

La cacería de animales de la selva se podía interpretar como una de las posibles manifestaciones de violencia de los aborígenes que los españoles encontraron en el nuevo continente cargados de sus artefactos de supervivencia. Un arco, una flecha, una jabalina, fueron los instrumentos para hacerlo. Una acción de violencia envuelta en la ansiedad de sobre vivir. Una actividad de la vida laboriosa.

El indio de América practicó la asechanza de animales, hasta el punto de convertirse en un experto. Se perfeccionó en el uso de los utensilios que él mismo fabricó. Fue un guerrero en el sentido en que lo comprendió y lo vivió. Desconoció anteriormente, y comprendió después de muchos años que no hay nada tan real en este mundo como la guerra, incluyendo en este término los conflictos larvados a la fuerza que, posteriormente padecería. La guerra es la que a unos los hace esclavos y a otros los hace libres; a unos los hace hombres, y a otros los hace dioses, falsos dioses natural y afortunadamente, sentido que desdice de la noción de la timé (honor) griega.

El "honor" del guerrero radicaba en no tener una acción impía. El guerrero Aquiles dejó de recibir los favores de los dioses y de las ninfas por su acto de impiedad que tuvo con el cuerpo del guerrero Héctor. Si Héctor ya estaba muerto ¿qué necesidad tenía de pasear su cuerpo y de vanagloriarse de su victoria? Había que respetar la dignidad del otro. Nadie tiene derecho a ofender a otro. Entre más cerca nos creamos de la gloria es posible que también estemos más cerca de la deshonra.

El indio de América fue conducido por su pudor a ignorar que la guerra era el principal motor de la vida social y burguesa de aquella época en Europa. La desilusión de ser seres vinculados con la madre naturaleza, con los dioses y con todo lo que los rodeaba se convirtió en una extraña doctrina que

sus visitantes de turno no entendieron. Al contrario, se le trajo una doctrina donde el hombre ya no era una parte del cosmos sino el centro. Este, además tenía un centro: la razón.

La idea vivida por parte del indio de que la naturaleza tenía en sí misma armonía fue desplazada por la arrogancia de los visitantes españoles que a la naturaleza había que transformarla y gobernarla. Los ancianos de los indios dakotas, por ejemplo, veneraban "literalmente el suelo, y se sentaban o tendían sobre la tierra con el sentimiento de estar cerca de un poder materno, haciéndolo con la mayor frecuencia que podían" (1996, pág. 18) y más aún continúa Drewermann:

Sobre la tierra levantaban sus tiendas y construían sus altares de barro. Los pájaros que volaban por el aire caían sobre la tierra, que era el último lugar de descanso de todos los seres vivos, de los hombres, los animales y las plantas (1996, pág. 18).

Incluso con la experiencia espiritual y existencial que "la tierra tranquilizaba y fortalecía, purificaba y sanaba" (1996, pág. 18), entre tanto, intentaban vivir en armonía con todo lo que tenía aliento de vida. Atentar contra la naturaleza exterior es estar cerca de un desastre. Más tarde, la violencia de los hombres contra la naturaleza será un boomerang contra su vida interior. Como última enseñanza, los indios ancianos dakotas sabían y predicaban que: "el corazón del hombre, cuando se aleja de la naturaleza, se endurece; y asimismo que quien no respeta plantas y animales, pronto perderá también el respeto a los hombres" (1996, pág. 19).

La visita de los extranjeros despiadados españoles tuvo resultados sanguinarios y consecuencias infaustas para los indios. La guerra ha sido producto de la obsesión inhumana de poseer territorio. Imperativo medieval del feudalismo quien posea y posee mayor cantidad de tierras obtiene control y poder de una nación. El blanco nos enseñó que las tierras tienen un monto económico por encima del valor natural. Esta mentalidad condujo a los

seres humanos a ponerles precio monetario a las almas y a los cuerpos para después venderlos. Las fuerzas incultas ejercidas sobre las tierras y los indígenas de América se reflejaron cuando los invasores españoles usurparon el oro del nuevo continente. La guerra está hecha de prestigio. La guerra es el teatro donde los protagonistas principales no son los que deberían ser.

La fecha del 12 de octubre [del año 1492] trajo un sentimiento y dejó a los pueblos americanos no sólo una herencia cultural que no entendieron hasta donde iba la arrogancia de la imposición, sino que se inauguró un sentido de violencia ajeno a unos indios que no tuvieron la necesidad de utilizar artefactos, armas de guerra hechas a base de pólvora.

Las armas de los invasores llevaban la ventaja ante la flecha, el arco y la jabalina pero eso no importaba. En suma:

Los conquistadores que disponían de cañones y de mosquetes para espantar y también para aniquilar a las tropas de flecheros del imperio incaico, abrieron fuego en todas direcciones, cayeron además con sus espadas sobre los acompañantes inermes de Atahualpa, que no acertaban a huir abandonando a su rey, y dieron muerte en una tarde a más de siete mil personas (Ospina, 2003, pág. 30).

Lo que equivale a decir que no solo fue historia de la primera acción de secuestro en tierra americana, sino que fue también una acción que ha sido siempre reproducida en tierras latinoamericanas. Con ésta acción se inauguró una perspectiva de tirano.

El verdadero tirano de la masa, el que se vale de unos indios para esquilar y oprimir a los otros es "el encastado, comprendiéndose en esta palabra tanto al cholo de la sierra o mestizo como al mulato y al zambo de la costa" (González, 2003, pág. 367). De continuo se les ofreció a los indios



de América la figura de tirano, quienes estuvieron en principio ajeno y en desacuerdo con aquellas arremetidas violentas. Toda herencia violenta engendra un tirano. Mas los indios siempre se anonadaron ante la figura despeluznante del blanco español, además conquistador.

Para tener un acercamiento a esta realidad, el inmortal Borges, en su hermosa escritura como revelación de los dioses nos recuerda que los indios en el silencio contemplaban una realidad de ningún modo soñada. Mas se enfrentaron como Johan Dahlmann ante su adversario, con inocencia, duda y sin necesidad de vencer a su adversario, sólo con la idea de poder escoger su manera de morir. La muerte es la acción más violenta que puede padecer hombre alguno. Un fragmento del texto *El Aleph* nos muestra la acción de Johan Dahlmann:

Le tiró una daga desnuda que vino a caer a sus pies. Era como si el sur hubiera resuelto que Dahlmann aceptara el duelo. Dahlmann se inclinó a recoger la daga y sintió dos cosas. La primera, que ese acto casi instintivo lo comprometía a pelear. La segunda, que el arma, en su mano torpe, no serviría para defenderlo, sino para justificar que lo mataran (Borges, 2001, pág. 529).

O tal vez, la segunda expectativa era la acertada para conmemorar la tradición de la Grecia clásica, aquél presupuesto existencial y armónico de la vida humana: "Sólo los mortales pueden vencer a la materia mediante el lógos". No tener lógos es reflejar la animalidad propia de la condición humana. La violencia en consecuencia nefasta es la ausencia del espíritu.

Las dos opciones pensadas por Johan Dahlmann se han reproducido por generaciones en habitantes de América, en los pueblos del sur de un continente que según los criterios de los primeros españoles que pisaron estas tierras por primera vez eran un vacío cultural. Con los presupuestos de violencia consagrados en la primera opción (duelo) dada por los españoles a los indios, los hispanos, con

sus armas sofisticadas aniquilaron una porción de la raza efímera y consagraron a unos pueblos a repetir una tragedia ineluctable camino a un mismo destino: derramamiento de sangre.

Los españoles usurpadores arrasaron con toda una cultura. A la berraca el conquistador debía por orden de la realeza española hacer que estas tierras se convirtieran para sus intereses en portadores de unos rasgos europeos. El conquistador debía transformar estas tierras en una nueva Europa en la que por desgracia subsistirían algunos grupos sociales y algunos elementos culturales no europeos. Sin embargo "aquéllos les estaba reservada la condición de sometido sin derechos, lo cual significaba su transformación en instrumentos económicos para uso de los conquistadores" (Arciniégas, 1990, pág. 18). Los pueblos de América quedaron convertidos en gran parte en instrumentos económicos. Los invasores fueron tan violento que, "ellos diezmaron al indio con los repartimientos y las mitas; ellos importaron al negro para hacerle gemir el látigo de los caporales" (Romero, 2001, pág. 39).

En consecuencia, las primeras pisadas de los españoles invasores en tierras de América dejaron por herencia la violencia en una cultura que hoy desdice de su origen. La violencia es una herencia. Una mácula que la hace ciega y que se ha reproducido generación tras generación. No desaparecerá tan fácilmente. "El animal de pellejo blanco, nazca donde naciere, vive aquejado por el mal del oro: al fin y al cabo cede al instinto de rapacidad". (González, 2003, 370). Cuya causa está posiblemente en la teoría de que los hombres son el centro del cosmos.

No negamos que, el indio de América no haya sido violento, lo fue, seguramente, pero en el sentido natural del hombre arcaico frente a la necesidad de sobrevivir. Una violencia inocente frente al pan de cada día. La violencia no sólo fue una manifestación externa por parte de los imperialistas supuestamente conquistadores

contra el cuerpo de los indios, sino que además fue una intimidación definitivamente espiritual sin miramientos y sin reparos; donde, “el infiel era un perro maldito; el fiel gozaba de privilegios que lo autorizaban hasta para hacer esclavos a los infieles” (Arciniégas, 1990, pág. 39).

La violencia ha seguido siendo un arquetipo a raíz de un proceso sanguinario, de consecuencias irreparables, donde el verdugo se ha hecho inocente ante la desertización que causó. Ante la anulación de identidad de una cultura, de una estructura social, económica, política, arquitectónica. El conquistador no fue descubridor, más fue un monstruo inclemente. Su acción contagió a unos pueblos que buscaron afanosamente permanecer en su origen y se encontraron envueltos por un velo y sumergidos en un río de sangre, pareciera que para siempre. Todo hay que conseguirlo con armas de fuego, alimento de la guerra; nada se puede conseguir con la palabra que dio origen a la cultura que se ha embellecido gracias a su diversidad que mora en su corazón.

Descubrir y conquistar ocasionaron la ceguera de un continente. Descubrir y conquistar son dos posiciones opuestas en el hombre. “Descubrir es una función sutil, desinteresada, espiritual. Conquistar es una función grosera, material, sensual” (Arciniégas, 1990, pág. 36). Tiene razón Arciniégas al expresar “En el siglo XV nadie descubrió la América” (1990, pág. 36). Descubrir es un verbo que engendra admiración espiritual. A los habitantes del continente extraño para los españoles no sólo se impuso un idioma, un credo religioso, sino que se les impuso una cultura.

Los supuestos conquistadores no comprendieron y muchos menos se detuvieron ante el asunto espiritual de los indios. Sofocar lo espiritual de una cultura es convertir a sus aborígenes en imitadores de otros y olvidar que la permanencia y riqueza de toda cultura está determinada por su diversidad étnica, por la expresión lingüística de cada región, y narraciones míticas como únicas posibilidades de acercarse a su nacimiento.

Los invasores no tuvieron la actitud del que se asombra ante algo desconocido. Ignoraron que para conocer a las personas de una cultura distinta a la nuestra es necesario despojarse de la idea arrogante de sentirnos superiores. Es más, deberíamos hacer propia las siguientes palabras de Arciniégas:

Como una sombra me arrastré contra las paredes, acallaré mis voces, abriré mucho los ojos del cuerpo y más aún los del alma, pondré el oído en acecho, me sentaré con los borrachos en la taberna, entraré a la casa de las vagabundas, iré buscando la imagen espiritual de los vecinos hasta tener de ella la copia más fiel (1990, pág. 48).

Podríamos decir que estas palabras encabezan introducción y epílogo de un libro que tiene como epígrafe: “Ninguna cultura es superior a otra.

● Teoría de la ausencia “paterna” en Colombia

Todas las consecuencias de una herencia cultural que no reclamamos la padecemos durante mucho, mucho tiempo en Colombia, está en que el Estado no fue humano, no fue generoso, no fue responsable con los ciudadanos. Pero, cómo si ni siquiera hemos leído, entendido, analizado e interpretado las palabras de Sócrates:

... Pues cierto que los que desean en los estados tener honor y mando para estar en condición de robar dinero y hacer fuerza a los hombres y llevar vida de hijo no puede ser sino que sea injustos y miserables e incapaces de ponerse de acuerdo con otro alguno” (Recuerdos de Sócrates, I, III, 3)⁴

En otro sentido, los supuestos conquistadores encarnaron esta sentencia mediante sus acciones

⁴ Pasaje citado por el Dr. G. Soto, en su texto “Physis” página 104-107 pasaje utilizado para argumentar acerca del sentido de gobernar, las implicaciones exigentes para los que se quieren dedicar la vida a la política



criminales que pertenecen a una cultura que no quiere recordar su pasado mancillado con sangre donde “el padre” violento y sanguinario supuestamente conquistador causó tantos males irreparables. Ningún hijo quiere recordar las acciones violenta de su padre. Quizás esta sea una posible causa de ser una cultura sin memoria y condenada al olvido.

La palabra “patria” etimológicamente tiene su asentamiento en la palabra “padre”, en sentido arcaico y clásico, significa: el que cuida, protege, provee, asiste, organiza, ordena, autonomía, ley, norma, código, testigo, testimonio, justicia y autoridad, ésta última muy a menudo confundida con *poder*. Cuando no hay padre no hay patria, por antonomasia los ciudadanos engendrados como hijos son huérfanos, el padre está ausente, podríamos decir que es la tesis contundente del escritor colombiano Fernando Vallejo en la colección de 5 novelas tituladas *El río del Tiempo*. Estos argumentos aplicados a Colombia y a nosotros como colombianos, nos conducen a decir que en ausencia de todo lo que significa padre-patria, ante dicha ausencia paterna, los hijos sin padre hacen que la casa que viene de la palabra hoguera de la cual deriva hogar, “lugar donde se calienta mediante el fuego” posibilita que unos hijos huérfanos asuman una segunda condición y sean bautizados con el nombre de guerrilleros, pero, estos hijos huérfanos menores en adelante van hacer hijos de la madre rebeldía, madre acompañada de anarquía y en adelante tienen que combatir con sus hermanos huérfanos, además, de huérfanos fruto de la torpeza, de la injusticia y de la irresponsabilidad de nuestra dirigencia que se ha instaurado como inverosímil-Estado.

La pregunta es ¿cómo deshacernos de estos hijos y hermanos rebeldes?, la respuesta es engendrar unos hijos que en Colombia hemos bautizados con el nombre de: paramilitares, fruto de la voluntad y de la brutalidad del Estado. Y al fin han levantado ante los otros hijos que han quedado por fuera una contienda, contienda dinamizada por la dualidad

de que hay que estar con uno de esos bandos contra el otro, hasta el punto de que quien rechace a los guerrilleros es acusado de paramilitar, y quien rechace a los paramilitares corre el riesgo de ser tratado como guerrillero. En consecuencia, como dice Serrano en la novela *Tamerlán*: “cuando no hay quien conduzca los rebaños perdidos, la multitud engeguedada cae en la insulsa rebelión o en el desaliento” (Serrano, 2000, pág. 43).

Por tal motivo, no sólo rechazamos a las guerrilleros y a los paramilitares, también rechazamos al estado de cosas que los engendró, a la tradición de violencia consentida desde el poder que manchó nuestra historia, a los que se han sentado en los solios que rindieron cultos y honores al narcotráfico y a los narcotraficantes y a los que conjugan a diario que la corrupción es vitalicia, a los que siguen pretendiendo que Colombia será mejor cuanto más sangre de colombianos derramemos. Hemos oficiado a lo largo de la historia colombiana rituales en los que se ha sacrificado vidas humanas sin hallar las verdaderas causas de nuestros conflictos.

El laberinto que hemos recorrido ha tenido un monstruo de dos cabezas sin poder vencer. El bipartidismo político, conservadores y liberales. Hoy sigue presente, y aun pareciera que hoy no tuviera influencia en Colombia, pero no es cierto. Farfolla imprescindible de nuestra historia.

La violencia se reproduce en cada jornada de fútbol, en la que dos bandos de fanáticos no se soportan. Si queremos conocer a nuestro país el escenario más propicio es el fútbol. Es el lugar donde además de la guerra también se apareció y se quedó el narcotráfico y las incongruencias de los obsesionados burgueses colombianos. Insensatez de parte del organismo mundial de fútbol la FIFA pensar que la violencia en los estadios de fútbol de Colombia se resuelve sin el uso de vallas. Las vallas no son el problema sino los seres humanos de Colombia. La violencia se manifiesta en el simple hecho que se ejerce en los ciudadanos al

tener que escoger entre derecha e izquierda o en un color de camiseta de equipo de fútbol o partido político. Ésta bipolaridad es una de las mayores causas de las acciones bélicas en nuestras tierras. La pregunta es: ¿Qué hemos avanzado con base en divisiones políticas, ideológicas, sociales y religiosas? Si ni siquiera en Colombia nos hemos puesto de acuerdo para respetarnos la vida.

No sólo creemos como colombianos en la necesidad de la reconciliación, sino en el deber de los victimarios de indemnizar a sus víctimas, en la necesidad del Estado de cambiar sus métodos, que siguen siendo los mismos de toda la vida; de verdaderamente corregir sus viejos errores. Creemos en un proyecto nacional, que se sofocó con la muerte de Gaitán y de Galán. Creemos en la necesidad de la sociedad de redimir a los criminales a los que ella misma formó con privaciones, con exclusión y con complicidad, ofreciéndoles por fin la oportunidad de ser distintos.

Por tal motivo nos dice el ingeniero Dostoievski: “El grado de civilización de un país está determinado por el número de presidiarios que hay en las cárceles” (1995, pág. 295). Colombia no es ajena a esta realidad. No son, únicamente, personas condenadas por robo las que están en nuestras cárceles. Nuestras cárceles también están llenas de ciudadanos inocentes que pagan incluso por las acciones cometidas por otros, quizás, hijos de la primera forma esencial que voló al ser destapada la caja de Pandora, hablamos de la “justicia”.

Pero, nuestras cárceles, de igual manera, aglomeran a personas de imagen pública que se dejaron atrapar, fruto de la arrogancia que les hizo creer que el dinero público era de ellos y que eran los únicos dueño de Colombia, olvidándose de sus congéneres y qué decir de aquéllos que con sus acciones nos promovieron irritación, porque robaron y hoy gozan de un asilo político en otros países, para ellos: ¡nuestras felicitaciones!, fueron y son y serán excelentes estudiantes, aprobaron la existencia, porque así es la política que

hemos aprendido. Inaugurándose consecuencias lamentables para la cultura. Hasta poner en práctica las palabras de la filósofa francesa S. Weil: “Cuatro obstáculos nos separan de una forma de civilización capaz de poseer algún valor: nuestra falsa concepción de la grandeza, la degradación del sentimiento de justicia, nuestra idolatría al dinero y la ausencia en nosotros de inspiración religiosa” (Weil, 1954, pág. 219).

En otro sentido, qué decir de aquéllos colombianos muertos porque pensaban distintos y proclamaban la verdad mediante la ironía como fue el caso de Jaime Garzón. También, es momento de hacer memoria por aquéllos que hemos llamado exiliados, que les tocó dejar el país porque sus ideas iban en función de poder convivir a partir de la libertad fundamentada en la palabra que a todos los hombres le concierne cuando se habita en un Estado que promulga sin mentiras la “libertad de expresión”, de otro lado, los exiliados también ocasionaban incomodidad para los que se han creído y se creen dueños y amos de Colombia.

Esta lista de hijos y hermanos de Colombia que tan fácilmente olvidamos, la concluye aquéllos jóvenes y hombres humildes campesinos que crecieron con sus familiares como personas de bien, con una dignidad plena y profunda; y baluartes de honestidad; un día fueron arrebatados del hogar que los educó con los valores campesinos y de provincia necesarios para edificar una vida auténtica y aparecieron muertos con vestimenta de guerrilleros. Sus madres claman justicia (madres de Soacha). Pero, ¿cómo desear justicia en un país que rápidamente olvida?

Madres que no corrieron la misma suerte del anciano Príamo, que decidió ir a donde Aquiles y pedirle el cuerpo de su hijo Héctor para rendirle honor y exaltar la dignidad de su hijo porque tenía presente que “en una tragedia ya no se lucha ni se combate; en una tragedia se conoce el desenlace y se mantiene la dignidad” (Drewermann E., 1995, pág. 63). En este sentido recuerda la plegaria el



anciano Príamo dirigida a Aquiles que en medio de su tragedia de padre que había perdido a su último hijo quería resaltar humildemente que cuando hemos perdido la vida al menos que no nos roben la dignidad de persona, citamos el discurso vehemente del anciano Príamo:

Acuérdate de tu padre, Aquiles, semejante a los dioses, que tiene la misma edad que yo y ha llegado al funesto umbral de la vejez. Quizá los vecinos circunstanciales le oprimen y no hay quien te salve del infortunio y de la ruina; pero al menos aquél, sabiendo que tú vives, se alegra en su corazón y espera de día en día que ha de ver a su hijo, llegado de Troya. Mas yo, desdichadísimo, después que engendré hijos excelentes en la espaciosa Troya, puedo decir que de ellos ninguno me queda. Cincuenta tenía cuando vinieron los aqueos: diez y nueve procedían de un solo vientre; a las restantes diferentes mujeres los dieron a luz en el palacio. A los más el furibundo Ares les quebró las rodillas; y el que era único para mí, pues defendía la ciudad y sus habitantes, a ése tú lo mataste poco ha, mientras combatía por la patria, a Héctor, por quien vengo ahora a las naves de los aqueos, a fin de redimirlo de ti, y traigo un inmenso rescate. Pero, respeta a los dioses, Aquiles, y apiádate de mí, acordándote de tu padre; que yo soy todavía más digno de piedad, puesto que me atreví a lo que ningún otro mortal de la tierra: a llevar a mi boca la mano del hombre matador de mis hijos. (Homero, 1995, pág. 551).

Mas, para las madres de Soacha no ha habido respuesta a las plegarias dirigidas a los despiadados asesinos de sus hijos y de sus familiares. La diferencia entre el anciano Príamo y las madres de Soacha estriba en que las súplicas del padre del guerrero Héctor dirigidas a Aquiles conmovieron el corazón del asesino de su hijo; caso distinto con las madres que claman justicia por las muertes de sus hijos y caso distinto, también, ha sucedido en nuestros pueblos que han padecido el flagelo de la violencia donde los asesinos cada vez se hacen insensatos ni siquiera se han dejado conmovier

por las lágrimas de unas madres que únicamente piden que se les diga dónde enterraron los cuerpos para tener en la memoria el recuerdo de una imagen que ni muerte ni tiempo podrá borrar. Sin embargo, los irresponsables se esconden y muestran un rostro de asesinos calculadores como preparando la defensa con base en la mentira. La mentira es una forma de asesinar. Nos dice el escritor mexicano Octavio Paz que:

No sabemos dónde empieza el mal, si en las palabras o en las cosas, pero cuando las palabras se corrompen y los significados se vuelven inciertos, el sentido de nuestros actos y de nuestras obras también es inseguro. Las cosas se apoyan en sus nombres y viceversa. (Paz, 1973, pág. 29).

Aún, bajo estos presupuestos como colombianos seguimos preguntándonos: ¿por qué nos matamos? En suma, las guerras no se acaban cuando un bando derrota al otro, las guerras no se acaban ni siquiera cuando se firma un pacto y los adversarios se abrazan, las guerras no se acaban cuando continuamente nos mienten con la farfolla de la “libertad de expresión”, las guerras se acaban cuando sus causas han sido corregidas, cuando los combatientes ya no necesitan luchar, porque comprendieron que la patria es carne y hueso representado en cada colombiano y no hay motivos para que nos adiestren a asesinar la patria individual que cada uno representa, de este modo ya no necesitan alzarse contra la sociedad, porque ésta ha sido capaz de sembrar las piedras menores de un orden nuevo.

Las guerras se acaban cuando la democracia adquiere su significación clásica: “la búsqueda por comprender lo humano”, como máxima expresión y desaparición de toda tiranía. O cuando ya no necesitamos de cubrirnos el rostro para protestar y comprendamos que “la democracia no es la ausencia de conflictos; es una manera de asumírselos y de resolverlos” (Comte-Sponville, 2007, pág. 111). Colombia no es una bandera de tres colores, como los hemos aprendido en las escuelas, el amarillo

representa la riqueza, el azul representa los dos mares y el rojo la historia sangrienta que a diario escribimos. Colombia no es un escudo. Colombia no es un mapa. Colombia es *diversidad*.

En este sentido, los hijos que posiblemente engendrará Colombia serán retoños de una mentalidad que no se horroriza ante los actos vandálicos que a diario nos convierten en testigos hasta que no seamos capaces de preguntarnos por las causas de nuestros conflictos, y es posible que surjan del simple hecho de pensar que se estudia o se va a una universidad para salir competitivo y productivo porque se nos ofrece la idea que venimos a este mundo es a ganar dinero y a acumularlo en las arcas, si lo hacemos con deshonestidad mucho mayor será el premio que hayamos logrado. Estas ideas son hijas del capitalismo despiadado que nos hace olvidar que lo importante no es el ser sino el tener y olvidarse del ser es sepultar el principio básico: "lo humano" de toda familia, de toda sociedad, de toda cultura y de todo un país.

Los sistemas políticos, religiosos, económicos y sociales que han sacado de su interés: "lo humano", están cerca de su ocaso; es la noticia alentadora que nos ha dejado la historia y la condición que Sófocles pudo configurar a través de la tragedia de *Antígona*, protagonista anclada en el dilema de cuál ley debería prevalecer en los hombres si la ley del corazón o la ley civil, ella le dio prioridad a la primera y la resignificó con el acto de dar una digna sepultura al cuerpo de su hermano Polinices, porque reconoció que era hijo también del Estado. Una moraleja que nos dejó Sófocles en esta tragedia es que cuando hay ocaso de lo divino en los hombres también habrá ocaso político que conlleva a un ocaso cultural.

Ahora bien, si existiera una posibilidad de extinguir el flagelo de la violencia en Colombia sería a merced de "nuestros propios esfuerzos, no por la humanización de los opresores y la promesa" (González, 2003, pág. 375). Y no invirtiendo

casi el 70% de nuestro presupuesto nacional en compra de armas. Los países fabricantes y comercializadores de armas muy gustosos en tener clientes como nosotros. Después, nos envían ayudas económicas mediante proyectos supuestamente humanitarios para intentar corregir la mortandad y sofocar el remordimiento por tanto males que han ocasionado por la venta de armas, a la postre también son responsables y protagonistas y así queda en nuestras consciencias la imagen de buenos, porque regalan dinero.

● Conclusiones

Posiblemente, llegaremos a colocar las primeras piedras de un edificio nuevo a partir de preguntarnos e intentar de responder el interrogante ¿por qué somos así? Nuestros problemas son culturales. "Será que la sociedad ha cambiado tanto, ha generado un sistema de valores y de antivalores que propicia, que genera el aniquilamiento de la búsqueda, de la interrogación, del cuestionamiento, del deseo de comprender, del deseo de cuestionarnos y de cambiarnos" (2009, pág. 296), nos dice el genetista Yunis.

Es posible empezar a resolver nuestros conflictos culturales a partir del ejercicio de pensarnos en contexto y que no nos dé miedo la imagen sangrienta que refleja el espejo de la violencia antes que sea motivo para entender y comprender que Colombia no necesita un salvador, no necesita un Mesías, a la manera como lo esperan los judíos. Nos aterroriza pensar en este tipo de Mesías, en este sentido, "no somos mejores ni peores por los genes, pero podemos ser mejores o peores por la historia, que no necesita de hombres providenciales, Mesías y salvadores, o de los autócratas que reúnen todos los poderes para reclamar obediencia total, sin importar el precio" (Yunis, 2009, pág. 337).

Dostoievski, nos enseñó que la dificultad de nuestra liberación tiene su origen en el amor por nuestras



cadena, amamos las cadenas, a los amos, a los mesías, a los caudillos y a los salvadores, si son sangrientos con mayor ímpetu los amamos porque queremos que piensen y actúen por nosotros para evitar la angustia de la razón, qué ironía porque ellos son precisamente los que han acrecentado el grado más alto de desesperación y han sido los mayores precursores de masacres y derramamientos de sangre y nos han sumergido en un mundo de *fanatismo* hasta al punto de hacernos creer que sólo hay una posibilidad de habitar el mundo.

Engendrar el orden mediante la guerra es totalitarismo. Hay que enseñarle más bien a los políticos de turno y sus generaciones venideras que se forman en las universidades que Colombia es de todos. Los políticos son elegidos es en función de capataz. El capataz hace producir lo que hay en la granja y las ganancias de la producción se distribuyen equitativamente. El propósito fundacional del capataz entonces será promover la no existencia de mendigos, donde: salud, educación, vivienda y alimentación son necesidades resueltas porque se pagan con las ganancias que deja la producción de todos.

La cultura griega fue grande, ayer, hoy, mañana, y siempre, aun cuando el postmodernismo quiera decir lo contrario. Esperamos, que al postmodernismo le suceda como a los hijos que cuando tienen 18 o 20 años protestan todo en contra de sus padres y que cuando tienen 35 o 40 años, tarde o temprano le dicen a sus padres: "perdónennos, pero, tenían razón".

Esperamos que algún día comprendamos las tres relevancias de la cultura clásica griega de la que tanto se ha hablado en el mundo de la academia, primero que no hay iniciación en los misterios del mundo y de la vida sin educación, segundo que no podemos construir conocimiento sin la lectura del mundo, del hombre y de lo divino en completa armonía, para mirar las cosas de una manera integral con base en el sí; y por último, entender

que el problema esencial es la *comunicación que debemos establecer entre nosotros para habitar el mundo*.

Los hombres son los responsables de los problemas que ellos mismos forjaron por sus desvaríos. Los dioses nada tienen que ver, y si los dioses llegaran a participar sería únicamente para aprobar la manera de cómo los hombres llegaron a resolver sus propios conflictos, en este sentido, creían radicalmente los griegos clásicos.

Hay que leer para despertar no para dormir y entender que nuestro futuro será clásico. Donde la *Odisea* y la *Ilíada* volverán a ser las hermanas siamesas que necesitamos para re-leer la naturaleza humana e intentar comprenderla, en miras de unas formas de violencia que desconocemos sus causas pero empeñados en resolver sus consecuencias. Las consecuencias de nuestras formas de violencia no se solucionan sino se hallan sus causas.

Por tal motivo, cuando no hay padre nadie se hace responsable de las obligaciones y "se cae en un mundo, que ya no conoce compasión alguna, sino únicamente sentencias judiciales, ocultamientos, encubrimientos y condenas" (Drewermann, 1996, pág. 38). En otras palabras se vive bajo los criterios fundacionales y existenciales de la cultura ladina edificada en la mentira. Acaso no hay otra posibilidad de habitar el mundo que no sea la violencia. O acaso lo que nos hace violentos en el fondo no será la vergüenza de nuestra propia pequeñez y el olvido del ser lo que somos y la ausencia de intentar responder la pregunta: *¿Por qué somos así?* Creemos que cuando esto sucede acontece en los hombres la pérdida de la soberbia de que son amos y señores de un mundo que a la postre tal noción se convierte en un paradoja, porque ni siquiera la vida les pertenece.

Dejemos que sea Holderlin, el gran poeta del romanticismo alemán que cierre este texto con las palabras que nos regaló en su hermoso poema:



"La muerte de Empédocles": "Y abiertamente consagré mi corazón a la tierra grave y doliente, y con frecuencia, en la noche sagrada, le prometí que la amaría fielmente hasta la muerte, sin temor, con su pesada carga de fatalidad, y que no despreciaría ninguno de sus enigmas. Así me ligué a ella con un lazo mortal" (Holderlin, 1998, pág. 189), el poeta haciendo referencia a la vinculación del hombre con la madre tierra, vínculo olvidado hace años por los mortales que muy seguramente fue un pensamiento ancestral de los indígenas del continente americano.

● Referencias

- Arciniégas, G. (1990). *América tierra firme y otros ensayos*. Caracas: Ayacucho.
- Borges, J. L. (2001). *El Aleph*. Buenos Aires: Emecé.
- Comte-Sponville, A. (2007). *La vida humana*. Barcelona: Paidós.
- Dostoievski, F. (1995). *Crimen y Castigo*. Madrid: Alianza.
- Drewermann, E. (1995). *Giordano Bruno o El Espejo del Infinito*. Barcelona: Herder.
- Drewermann, E. (1996). *La palabra de salvación y sanación*. Barcelona: Herder.
- González, P.M. (2003). *El descontento y la promesa*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Holderlin, F. (1998). *Hiperión. La muerte de Empédocles*. Venezuela: Fondo Editorial de humanidades y educación.
- Homero. (1995). *La Ilíada*. Buenos Aires: Planeta de Agostini.
- Ospina, W. (2003). *La herida en la piel de la diosa*. Bogotá: Aguilar.
- Paz, O. (1973). *El arco y la lira*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Romero, J. L. (2001). *Situaciones y e ideologías en América Latina*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Serrano, E. (2000). Tamerlán. Bogotá: Alfaguara.
- Weil, S. (1954). *Raíces del Existir*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Yunis, T. E. (2009). *¿Por qué somos así?* Bogotá: Temis S.A.